

Secularización y Posmodernidad

Norbert Lechner, comentario de Daniel

García Delgado, noviembre 1987

1. El neocontractualismo asigna una importancia central a los aspectos culturales en los procesos de transición. De allí que uno de sus más interesantes e influyentes expositores apunte en este trabajo, ante la necesidad de "crear cultura política democrática" a indagar en qué medida la cultura posmoderna puede influir favorablemente en esta tarea, suplir un déficit y dar respuesta a problemas históricos de estas sociedades.

Los rasgos de esta cultura expresan el desencanto de las izquierdas a partir de la pérdida de credibilidad en el socialismo, la revolución y la misma idea de sujeto; el surgimiento de una nueva sensibilidad caracterizada por el desvanecimiento de los afectos, el enfriamiento de las emociones y la erosión de la distancia histórico crítica. Todos estos rasgos le hacen ver a Lechner la expresión de una crisis de identidad por falta de articulación de los distintos aspectos de la vida social y una coincidencia con un problema recurrente de América Latina; su heterogeneidad estructural.

Dos aspectos posmodernos lo llevan a reflexionar: la indeterminación de la política y la precariedad del tiempo. La inflación ideológica de los 60 se habría caracterizado por una visión totalizadora de la sociedad capaz de uniformar el proceso social. El proceso de modernización y secularización habrían llevado a una percepción de disolución y marginación y de allí a la búsqueda de una visión totalizadora de la sociedad. En esta visión habrían influido tres aspectos: la sacralización de los principios políticos como verdad absoluta (lo que llevó a la intransigencia en la negociación); la sacralización de los principios constitutivos de las identidades; y a considerar la utopía como identidad plenamente alcanzable que intenta borrar las distancias entre lo público y lo privado, la teoría y la práctica, el trabajo manual y el intelectual. Si bien toda política implica una dimensión religiosa en este caso se habría acentuado el momento religioso de tal modo que la política asumió, al menos implícitamente, la tarea de redención del alma. Su primera respuesta sobre la influencia posmoderna es favorable: la fuerte valorización de la secularización que caracteriza el nuevo clima de ideas y la poca predisposición al milenarismo militante contribuirán a restar centralidad al Estado, al partido y a la unificación entre vida pública y política.

La política ocupa un lugar menor aunque todavía indeterminado. Este nuevo talante tiende a desvincular legitimidad de verdad, a restablecer el ámbito de la política como espacio de negociación e instaurar un clima de transacción indispensable; aliviar a la política de los compromisos ético-religiosos de la anterior intransigencia que generaban expectativas desmesuradas. La posmodernidad tiende a la escisión de las estructuras sociales, económicas de las valorativas motivacionales, al debilitamiento de los afectos lo que disminuiría, a su vez, la capacidad emotiva de la política junto a la pérdida de referentes trascendentes. Todo esto acercaría las conductas ciudadanas al modelo pluralista competitivo.

La precariedad del tiempo tiene una valencia más ambigua. La política depende del tiempo disponible, pero si no se producen continuidades significativas tampoco se constituyen identidades colectivas. Esta preocupación, recurrente en la producción de Lechner, muestra nuevamente el contraste entre la experiencia de los 60 (futuro optimista, predeterminado) con la sensibilidad actual, constituida en una serie de acontecimientos sin relieve (sin futuro ni pasado) donde hay proyecciones pero no perspectiva. En la posmodernidad el presente sería el único tiempo disponible. De la omnipotencia de los 60 se pasaría a la impotencia de los 80 y en este sentido existe el peligro de una falta de estructuración del espacio público.

Si por un lado la nueva sensibilidad disminuye el compromiso religioso de una cultura de militancia, desdramatizando la política, por otro, su falta de determinación y lo acotado de la dimensión temporal preocupan. La cultura posmoderna no habría reflexionado sobre la existencia de bienes no transables, como derechos humanos y el mismo deseo de certidumbre.

2. Lechner no cierra el trabajo con conclusiones o propuestas normativas, prefiere dejar abiertos interrogantes sobre este impacto. El trabajo replantea así una serie de temas sobre la constitución de cultura democrática en donde, la modernización, siguiendo una vieja inquietud de Gino Germani, se constituye en algo ineluctable y generador de incertidumbre, erosión de núcleos prescriptivos lo que propicia el autoritarismo. (1) Esta descripción del clima de ideas posmodernas y su influencia en la cultura política reconoce, sin embargo algunas observaciones. La necesidad de distinguir entre la "herencia del proceso" (atomización, fragmentación, pérdida de solidaridades y deculturación) y los rasgos propios de la cultura posmoderna. De lo contrario se correría el riesgo de convalidar algunos aspectos negativos observables en estas representaciones culturales con el *blue-print* posmoderno; fortalecer un espacio

intelectual que racionaliza un "progresismo escéptico" con poco afecto a compromisos estables y que descrea de la política como ámbito de transformación. (2) Sería necesario distinguir los dos planos de elaboración e irradiación, ya que mientras la reflexión posmoderna se constituye, en un caso, como producto de una modernidad consumada en sociedades centrales, donde comienzan a resaltarse las diferencias, a cuestionarse una razón universal uniformadora, los grandes relatos y las utopías, en el otro, se elabora en el marco de sociedades con conflictos y desafíos crecientes que afectan sus regímenes democráticos e identidades nacionales, y donde, si bien han emergido elementos positivos en torno a la revalorización de la democracia, también se expresan los signos negativos de terrorismo de estado y el neoliberalismo.(3)

La individuación, autonomización y diferenciación estructural que acompañan la modernización, tampoco deben dejar de reconocer el hecho de que en América Latina al menos, este proceso va acompañado por un atomismo, fragmentación y despolitización promovidos por las grandes corporaciones, grupos de intereses y sectores que monopolizan los mensajes de los medios de comunicación de masa. Una mayor libertad personal requiere una mayor autonomía o menor dependencia, el control y la participación en estos medios, y por consiguiente, el enfrentamiento con estos intereses, lo que vuelve a "cargar" nuevamente la política. De allí que no puede negarse la presencia del conflicto social trasladándolo exclusivamente al plano cultural, este conflicto está inscripto en la dinámica misma de estos procesos, el problema radica en cómo procesarlos para que a la vez que se asegure la estabilidad, se logre la generalización de intereses que atentan contra la igualdad y libertad.

El otro aspecto crítico del trabajo -por ambigüedad- está vinculado a la idea de secularización. Para la ciencia política este proceso se constituye por el paulatino abandono de comportamientos de tipo sacro, el alejamiento de esquemas tradicionales y posiciones dogmáticas y apriorísticas, lo que disminuiría la intensidad de los conflictos políticos, favoreciendo la instauración de mecanismo que transfieran la lucha sobre principios en cuestiones de intereses. (4) Puede entenderse como un proceso de autonomización de lo político, y en este sentido es positivo el aprendizaje de que, de una buena teología no necesariamente se desprende una buena política. Pero también puede entenderse como la positividad intrínseca a toda pérdida de dimensión trascendente o religiosa de la sociedad (y en este caso favorable para la democracia) como secularismo y este caso más cuestionable. Este último registro fortalecería la tendencia a separar procesos económicos y sociales de los valores, a

fortalecer tendencias hacia un nuevo pragmatismo donde las legalidades del mercado y la racionalidad instrumental se imponen como lo único válido o eficaz, a la colonización de mundos de vida por la razón instrumental. La existencia de un *ethos* que da sentido y compromiso a la vida por debajo del proceso de fragmentación e individualización, contradice el realismo que hace de todo lo que acontece expresión de lo posible en política, y la tendencia hacia un ciudadano despotenciado que favorece la estabilidad porque no posee ninguna voluntad crítica ni participativa.

La necesidad de un horizonte de sentido compartido, de unificación del proceso de vida social, por último, también se vincula al elemento ético normativo de raíz religiosa, y no necesariamente en forma conservadora. En América Latina, al menos, este puede nutrir una conciencia crítica, recrear valores y establecer elementos comunicativos que proporcionan bases culturales de modelos democráticos superadores del pluralismo elitista. Debemos recordar que C..B. Machperson señalaba la significación del valor comunidad para la construcción de un modelo democrático participativo, el que, junto con una disminución de la desigualdad y el abandono de una dimensión del hombre visto exclusivamente como consumidor, se transformaba en condición de la misma. Por otra parte también Toqueville, aunque en otro contexto creyó ver las causas del éxito de la democracia estadounidense en una cultura enraizada en un *ethos* religioso que hacía del individuo un ciudadano virtuoso.

El innegable aporte de Lechner a comprender un tema complejo sobre las implicancias políticas de cambios culturales, a la relación entre secularización y democracia en nuestra época, debe seguir un análisis con mayores especificaciones. (5) En este sentido, también la cultura como elemento central de la reflexión sobre la posibilidad o no de consolidar la democracia, desnuda sus limitaciones. Corre el riesgo, de soslayar la importancia e incidencia de los conflictos de base económica, de dependencia y de estructura de poder que lastran estas sociedades y que debilitan tanto la expresión de la soberanía popular como la posibilidad de consumir su propia modernidad.

Daniel García Delgado

Noviembre de 1987

Notas

- 1) Nos referimos al análisis pesimista de la relación entre modernización y democracia que realiza Gino Germani en "Democracia y autoritarismo en la sociedad moderna", en Los límites de la democracia, CLACSO, Buenos Aires, 1985 T .I
- 2) El análisis de elementos que surgen en la nueva sensibilidad cultural de fines de los 70, reconoce críticos más severos respecto a elementos despolitizadores y atomizantes. Al respecto para un análisis del caso norteamericano, Christopher Lasen, The culture of narcissism (New York, 1979) y The Minimal Self. Psychic Survival in Troubled Times (New York, 1984)
- 3) Un estudio que analiza los emergentes positivos y negativos en el campo de la cultura política en el proceso de transición, puede verse en el trabajo de Daniel García Delgado y Vicente Palermo, "La cultura de los partidos políticos en Argentina", en Los cambios en la sociedad política, 1976-1986, CE AL, Buenos Aires, núm. 1987
- 4) "Secularización" por Gianfranco Pasquino, en Diccionario de Ciencias Políticas (Bobbio y Matteucci) Siglo veintiuno, México, 1982, T. II
- 5) Sobre este tema poco estudiado en las reflexiones sobre posmodernidad ver el trabajo de José Mardones, Posmodernidad y Cristianismo, CLAEH, Num. 15, Montevideo, 1986